ABC 14 enero 1956

75

ELOGIO DE LA BONDAD

ESA luz verde triste que se enciende no "nel mezzo del cammin di nostra vita", ¡ay!, sino de nuestra madurez, se acompaña de otros signos para que no quede lugar a duda alguna de su venida, para que notemos cómo marchamos sobre sus rieles, por si no lo tuviéramos bien sabido, y uno de los más claros, es aquel que nos lleva a revisar valores que creíamos firmes, a alterar su tabla y a calificarlos de manera diferente.

Es patrimonio de la edad juvenil una estimación de la inteligencia sobre todos los otros dones del espíritu; es patrimonio de la madurez el adjudicar ese privilegio a la bondad. La inteligencia es un relámpago, pero la bondad es un permanente resplandor. La inteligencia es una nota aguda, pero la bondad es una palabra serena, que vivifica.

Cuando se traspasan ciertas fronteras cronológicas delicadas, empieza a sorprenderse uno de que antes de su cruce no se haya advertido ese error de apreciación. Porque si la ley que hace las piedras preciosas es, aparte de otras cualidades, su rareza, tendremos que reconocer que la bondad—piedra preciosa también—es un atributo menos frecuente que el de la inteligencia.

El continuo e ininterrumpido ejercicio de esta última ha de determinar su aumento con el transcurso del tiempo. La función crea y desarrolla el órgano y aunque las individualidades geniales sean fruto excepcional, ayer, hoy y mañana, el promedio de la inteligencia mejorará en la medida en que se intensifique su uso. El mundo del año 3000 será, según algunos, un mundo de máquinas y de robots, en todo caso será también un mundo sin analfabetos, un mundo de bachilleres y licenciados. El cerebro, macerado, explotado día a día por el hombre, ganaría puntos. Al menos no hay razón para que en su proceso regresivo el hocico tumefacto del troglodita de Cromagnon se convierta en la temblorosa y frágil naricilla de la Lollobrigida, sin que, al revés, en un proceso contrario, el minúsculo cerebro del antepasado de Krupp, que diseñó el hacha de sílex, no centuplique su eficacia. Pero así como todo se ordena para ir hacia un mundo cada vez más inteligente, apenas si se hace algo sustancioso y positivo para ir hacia un mundo mejor. Si del hombre del diluvio que sólo atinó a armar, como pudo, un arca endeble para salvarse, al que bota en el océano portaviones de setenta mil toneladas, hay una gigantesca diferencia; también la hay, lamentablemente, desde Caín a ese monstruo que no vacila en poner una bomba a un avión de pasajeros para cobrar el seguro de su madre y en comparación del cual el primer fratricida de que se tiene memoria era un ser delicado y tierno. Del mismo modo el general de la antigüedad que pasa a cuchillo a los defensores de la ciudad asaltada es un personaje de novela rosa al lado de los que abren el osario de Katyn o el de Paracuellos del Jarama y ya se me dirá dónde hay que ir a buscar antecedentes al lanzador de la bomba atómica que consume cien mil vidas en la llamarada de un instante.

El hombre, hoy, no es mejor, si no tan malo como el hombre de la selva, y las distintas religiones que apresan en sus redes las nueve décimas partes del planeta no han servido si no para darnos la conciencia del pecado y de la contrición cuando la Gracia desciende sobre nuestro espíritu, pero no para alejarnos del crimen en nombre de unos principios, de un dogma o de unas creencias. La bondad, por tanto, planta de germinación extraña, merecería nuestra admiración, aunque no fuese si no por su escasez, ya que, insisto, hay muchos menos corazones bondadosos que espíritus inteligentes. Y, sin embargo, no es así, y a quien la posee se la dispensamos con regateos y hasta con cierta ironía. Y es que la bondad no se lleva.

¡En la madurez yo me vuelvo hacia el hombre bueno, y busco, solamente por esa dote, que le reconozco, su amistad y su compañía, a la vez que rehuyo al granuja brillante y paradójico, del que sospecho que va a jugármela de a puño apenas me descuide.

Recientemente, en su discurso de ingreso en la Academia Francesa, Cocteau inició una especie de cruzada de "desridiculización" de la bondad. Probablemente el Cocteau de hace treinta años no hubiera embarcado a nadie en un programa análogo. Ahora, sexagenario convicto y confeso, entiende que ha llegado la hora de hacer un esfuerzo para rodear la bondad del prestigio, mejor, del nimbo que le corresponde en justicia.

Algo parecido intuía el Benavente del año 1901, cuando dejaba sentado como corolario de una de sus comedias más celebradas aquello de que "la bondad nunca es cursi".

Y ambos tienen razón. La bondad no puede nunca ser cursi, ni menos aún ridícula. La bondad es una esencia semidivina que aroma ciertas almas privilegiadas, pero cuyo perfume no se advierte fácilmente. Sólo la belleza excusa la demostración, cierto, pues que salta a la vista. La bondad que necesita para dar fe de vida que la ocasión se produzca no nos deslumbra como ella, ni nos enamora a su igual fulminantemente. Cuando, vencidos por los desengaños, descubrimos, tras el perfil que nos sedujo un día, la sombra amarga de la frialdad y del egoísmo, la bondad nos recobra y nos vence con su dulzura. Entonces, es su triunfo.

Si intentara convertir este artículo en manifiesto preparatorio de una campaña pro bondad, cometería una gran tontada. Yo, simplemente, me limito a hacer público el Boletín de mi Bolsa íntima, y a deciros cuántos enteros ha ganado en ella la bondad sobre la inteligencia. Y a confesaros, así, por tabla, que la madurez ha desterrado ya en mí las últimas supervivencias juveniles de aquellos tiempos en los que, ingenuamente, abría la boca como un bobo ante el docto y pasaba, sin prestar atención alguna, junto al que era nada más—y nada menos—que un hombre bueno.

Joaquín CALVO-SOTELO,
de la Real Academia Española